

El desbordante sínodo de la Amazonía

Víctor Codina, S. J.
Cristianisme i Justícia
Barcelona, España

El sínodo de la Amazonía ha sido un sínodo episcopal, presidido por el papa Francisco. Además de los 185 obispos, se contó con la asistencia de 35 mujeres, 25 expertos en teología y en algunos temas científicos, 17 indígenas, representantes de otras Iglesias y algunos invitados especiales del mundo de la política, la ciencia y entidades de apoyo. Al margen del sínodo, un conjunto de organizaciones amazónicas, teológicas y sociales se constituyeron en la “Casa común”, un grupo que apoyó desde fuera y que intervino en algunos momentos del proceso sinodal.

Un día, el papa, presente en todas las sesiones, pidió la palabra. Nos dijo que en las exposiciones faltaba “desborde”, que no podíamos poner remiendos nuevos en un vestido viejo. La petición nos dejó un poco perplejos. Desbordar o lograr un desbordamiento es ir más allá de los límites, como el agua que, cuando se sale del cauce normal y ordinario, se sale de madre. El papa quería algo más del sínodo, algo nuevo y extraordinario.

1. Un poco de geografía e historia

La Amazonía es una amplia zona geográfica suramericana de unos siete millones de kilómetros cuadrados de extensión, que incluye nueve países —Bolivia, Perú, Ecuador, Colombia, Venezuela, Brasil, Guyana, Surinam y Guyana Francesa. En ella viven 35 millones de personas, de las cuales unos tres millones son indígenas, campesinos, ribereños, afrodescendientes, colonos, habitantes de centros urbanos y pueblos indígenas no contactados y en aislamiento voluntario, que hablan más de 120 lenguas diferentes.

Es uno de los lugares más bellos y ricos del planeta. El bioma de flora y fauna es muy rico. Posee uno de los mayores caudales de agua dulce. La vegetación selvática contribuye a preservar el equilibrio climático de América y del mundo. Por tanto, su deterioro afecta gravemente a toda la tierra y la humanidad. En la

actualidad, la Amazonía está amenazada como nunca antes por los intereses económicos de las grandes multinacionales y los gobiernos.

Desde el punto de vista eclesial, la Amazonía constituye un grave desafío pastoral por las grandes distancias, la falta de ministros ordenados, la pluralidad de lenguas, etc. La Red Eclesial Panamazónica (Repam), establecida en 2014, gracias al liderazgo de los obispos Claudio Hummes y Pedro Barreto y a la valiosa colaboración del laico Mauricio López, se propone coordinar la problemática y la pastoral amazónicas. Seguramente, estas inquietudes llegaron a Francisco desde diversos frentes. Así, el 15 de octubre de 2017, el papa convocó al sínodo sobre la Amazonía, el cual se ha celebrado en Roma, entre el 6 y el 27 de octubre de 2019, bajo el lema “Amazonía, nuevos caminos para la Iglesia y para una ecología integral”.

Esta no es la primera vez que un sínodo sobre una determinada región —hay sínodos europeo, africano, asiático y del oriente medio— se reúne en Roma. Pero es la primera vez que se convoca a un sínodo sobre una zona geográfica plurinacional de gran extensión y pluralismo cultural, la cual se encuentra en riesgo y cuya vida afecta a todo el planeta. A diferencia de los sínodos dedicados a temas eclesiales —catequesis, laicos, eucaristía, vida religiosa, obispos, etc.—, el sínodo amazónico tuvo un horizonte mundial, más allá del límite confesional.

Durante su visita a Perú, en 2018, Francisco pidió una reunión con los indígenas amazónicos, en Puerto Maldonado. Ante la sorpresa de propios y extraños, dijo que no había ido a hablarles, sino a escucharlos. A partir de esa reunión, la Red Eclesial Panamazónica comenzó la preparación del sínodo. Consultó ampliamente a los pueblos amazónicos sobre sus problemas y deseos, tanto sociales como eclesiales. Fue un trabajo ímprobo, en el cual tomaron parte unas 80,000 personas. Consultó a 120 pueblos indígenas diferentes y organizó unas 290 reuniones. De esa manera, hizo un mapeo de la Amazonía, identificando los problemas y las dificultades de cada país. A los expertos del sínodo nos entregaron un resumen de cien páginas, que recogen la voz de los indígenas.

La secretaría del sínodo y los expertos nombrados por Roma utilizamos esa amplia consulta para elaborar el Documento de trabajo (*Instrumentum laboris*, 17 de junio de 2019), el cual fue entregado a todos los obispos del sínodo. Estos, en sus intervenciones en el aula, partieron siempre de algún número de dicho documento.

Las reacciones no se hicieron esperar. La jerarquía eclesiástica conservadora lo tildó de herético, idolátrico, panteísta, estúpido, etc. Lo acusó de mitificar a los indígenas, de negar la necesidad de salvación en Cristo y de defender una ecología biodegradable, que pretende regresar a la época de las cavernas, del arco y las flechas. Los medios de comunicación social silenciaron las referencias ecológicas y destacaron dos temas eclesiales: la ordenación de hombres casados y el diaconado femenino. ¿Es todo esto casual? ¿Qué fue realmente el sínodo?

2. El sínodo como momento de escucha

A diferencia de los otros sínodos, donde los temas a discutir han sido presentados por los obispos y los teólogos, el sínodo de la Amazonía no solo ha visto la realidad, sino que también ha escuchado las voces de los pueblos indígenas y el clamor de los pobres y la tierra. En esos clamores, ha escuchado el grito del Espíritu, que se manifiesta desde las víctimas. Así, pues, los indígenas han sido los grandes protagonistas del sínodo, ya que pudieron expresar sus pareceres en el aula sinodal.

Tanto en la consulta previa como en el aula, los pueblos indígenas manifestaron con dolor su situación existencial. Sus territorios, sus identidades y sus vidas están amenazados por las grandes multinacionales y por las empresas dedicadas a la extracción de minerales, petróleo, madera, etc. Todas ellas destruyen sus hábitats, contaminan sus tierras y ríos, y ponen en peligro sus vidas. Muchos son forzados a abandonar la selva y a trasladarse a las riberas de los ríos; otros huyen y emigran a ciudades como Manaus o Leticia, donde residen dispersos y perdidos en la periferia urbana, sin trabajo. Las mujeres son víctimas de las redes que las esclavizan y prostituyen; los hombres caen en el narcotráfico y un creciente número de jóvenes se suicida.

Los líderes que denuncian estos atropellos son amenazados; algunos han sido asesinados, como Chico Mendes y los misioneros Vicente Cañas, Mons. Labaka y Dorothy Stang. Centenares son eliminados por el afán de lucro de los terratenientes y los empresarios. Una indígena, actualizando *Las venas abiertas de América Latina*, de Eduardo Galeano, dijo que las multinacionales estaban cortando las venas de la madre tierra, que se desangra lentamente.

Los pueblos indígenas agradecen lo mucho que la Iglesia ha hecho en la evangelización, la educación, la salud y el acompañamiento pastoral de los ministros y las religiosas. Pero lamentan el pasado pastoral colonial y vertical y solicitan no solo visitas esporádicas, sino cercanía. En concreto, piden ministros autóctonos, hombres maduros y con familia, designados por la comunidad, los cuales han de ser ordenados para celebrar los sacramentos y dirigir su propia comunidad. Asimismo, demandan el diaconado femenino, pues las mujeres, de hecho, las que dirigen la pastoral, celebran la Palabra, bautizan, casan y asisten a enfermos y moribundos. Algunas incluso “confiesan”, pues imparten una bendición, dada la ausencia de ministros ordenados. Finalmente, piden seminarios y universidades para los indígenas y que los misioneros conozcan las lenguas y las culturas.

Por su parte, ofrecen a la Iglesia y a la humanidad su sabiduría ancestral y milenaria, anterior al cristianismo, la cual se concreta en el paradigma del “vivir bien”, esto es, vivir en armonía con la comunidad, la naturaleza y la divinidad. Ellos saben cuidar la tierra y conocen sus remedios. De esa manera, ofrecen al mundo moderno, depredador e injusto, un modo alternativo para vivir y cuidar la tierra.

Estas voces, transmitidas por el Documento de trabajo y los padres sinodales, se escucharon en el aula misma del sínodo. Los representantes de los pueblos indígenas tomaron la palabra con gran libertad. Una indígena colombiana pidió a los obispos leer Mateo 25, el evangelio del juicio final, donde Jesús se identifica con los pobres. Otra, una peruana, le dijo al papa que los indígenas están con él, pero que él está muy solo. Por tanto, le pide que otros obispos lo acompañen en su tarea pastoral y que la Iglesia haga una alianza con ellos y en contra de las multinacionales depredadoras. Un indígena ecuatoriano relató que en esos días habían asesinado a unos compañeros que exigían sus derechos. Otro, boliviano, de Moxos, que apenas puede leer su texto en castellano, acaba cantando en su lengua original, un gesto aplaudido por los presentes en el aula sinodal.

Francisco se reunió en varias ocasiones con los indígenas para escucharlos. Una indígena, al concluir una de esas reuniones, le impartió la bendición, según su propio rito. El papa, con la cabeza inclinada, aceptó gustoso su bendición.

Los representantes indígenas y el grupo de la “Casa común” protagonizaron otros acontecimientos. Al día siguiente de la inauguración solemne del sínodo en San Pedro, tuvo lugar una procesión, desde la basílica hasta el Aula Pablo VI, donde se celebró el sínodo. La secretaría aceptó la presencia de estos grupos de apoyo y les permitió portar sus símbolos e interpretar sus cantos. La procesión avanzó en un bello desorden: los indígenas, muchos de ellos emplumados y con pinturas rojas, se entremezclaron alegremente con los padres sinodales. Algunos de ellos algo turbados, mientras Francisco sonreía feliz. Los indígenas llevaron una barca y redes, y cantaron “echemos las redes en el agua profunda”. La prensa crítica dijo que más que procesión, aquello parecía el carnaval de Río. La “Casa común” organizó un vía crucis con imágenes de los mártires amazónicos, desde el Castel Sant’Angelo al Vaticano.

Después de escuchar, en grupos de trabajo lingüísticos, a los obispos, los indígenas, las mujeres y los invitados especiales de otras iglesias y del mundo político y científico, se elaboró el Documento final, que consta de 33 páginas y 120 propuestas. Todas ellas aprobadas por mayoría absoluta. El texto fue entregado al papa para la redacción de la exhortación postsinodal.

3. Las líneas teológicas

El sínodo ha sido mucho más que la elaboración de un documento final. Ha sido un acontecimiento que ha desbordado las expectativas, una especie de tsunami eclesial, ecológico y mundial. Ha sido, por tanto, un *kairós*, un tiempo de gracia, cuyo actor principal ha sido el Espíritu, más allá de las limitaciones y resistencias humanas.

El sínodo concretó la *Evangelii gaudium*, donde Francisco expone la necesidad de una Iglesia en salida, que supere el miedo y rompa las rutinas, para ir

a las periferias geográficas y existenciales del mundo actual a anunciar el evangelio. En la salida a la Amazonía, se ha querido, ante todo, escuchar el clamor de los pobres y de la tierra. Aparentemente, los temas del sínodo eran dos: la identificación de caminos nuevos para la Iglesia y la ecología integral. Pero, en realidad, solo había un tema de fondo: la vida amenazada de los pueblos de la Amazonía y del planeta. La Iglesia está llamada a defender la vida, porque Jesús vino para darnos vida, y vida en abundancia (Jn 10,10).

Por otra parte, el sínodo ha constatado que los indígenas no solo son pobres, sino también diferentes. Poseen una sabiduría, fruto del Espíritu (*semina Verbi*), que ilumina su vida y ofrece alternativas al mundo moderno, depredador de la naturaleza. El Espíritu llegó antes que los misioneros. Estos llegan siempre tarde y muchas veces no han sabido reconocer los frutos del Espíritu en las culturas y las religiones, creyendo que eran algo diabólico.

Es necesario, pues, un gran esfuerzo de inculturación y de diálogo intercultural y religioso. De ahí la importancia de los ministros autóctonos y de los misioneros familiarizados con la lengua y la cultura propias. Por eso, se habla de una Iglesia con rostro amazónico y de una Iglesia samaritana y profética.

La Amazonía concreta la encíclica *Laudato si'*, es decir, en ella, como lugar geográfico, aparece toda la gran belleza de la naturaleza y la amenaza de agresión por parte del paradigma tecnocrático moderno. Ahora bien, *Laudato si'* no es una encíclica verde, sino social, mejor dicho, socio-ambiental. La Amazonía pone de manifiesto la estrecha relación entre la ecología y la vida humana, porque todo está conectado. Lo que se dice de la Amazonía también se puede extender al Congo, a los acuíferos de Argentina y Paraguay, a ciertas regiones de Asia, etc., donde la situación es semejante.

Por tanto, el horizonte del sínodo de la Amazonía no ha sido eclesiástico, como es el caso de los sínodos anteriores, sino ecológico, planetario y abierto al futuro de la humanidad y a las nuevas generaciones jóvenes. De ahí que resulte sospechoso que el grito profético de la Iglesia en defensa del futuro de la humanidad haya sido reducido por la mayoría de medios de comunicación social a cuestiones eclesiásticas, en concreto, la ordenación de los *viri probati* y el diaconado femenino.

El sínodo, a través de la escucha de los pobres y la tierra herida, ha constituido un ejercicio de sinodalidad, es decir, de una Iglesia en camino hacia el reino de Dios, que escucha y discierne para vivir en comunión con el pueblo de Dios, que posee el don del Espíritu. Francisco considera que en la sinodalidad se encuentra el futuro de la Iglesia. La exhortación *Episcopalis communio* profundiza en ese nuevo concepto de Iglesia: una pirámide invertida, en la cual el pueblo está arriba y la jerarquía y el papa están abajo, donde todos escuchan y enseñan, donde lo que afecta a todos es decidido por todos y donde no hay destinatarios de la misión, sino interlocutores.

De esa manera, la Amazonía es no solo un lugar geográfico, sino también un verdadero lugar teológico, es decir, un lugar donde se nos revela la voluntad de Dios, a través de la escucha del Espíritu, que actúa desde abajo, desde los pobres y las víctimas. Desde ellos, se abre a la Iglesia y al mundo. Solo escuchando la Palabra de Dios y el clamor de los pobres se puede anunciar proféticamente el evangelio al mundo de hoy, tal como lo afirma el Documento final (38).

En este complejo contexto social, cultural y eclesial, surgen temas como la ordenación de hombres casados y el diaconado femenino. El sínodo no parte de principios teológicos abstractos, sino de la praxis pastoral, en una zona extensísima, de difícil acceso y con muy pocos ministros ordenados. No cuestiona el celibato, sino que parte de la importancia vital de la eucaristía para la Iglesia, como fuente y cumbre de la vida eclesial, pues “la eucaristía hace a la Iglesia” y sin ella no hay auténtica Iglesia.

En consecuencia, el sínodo pide que se dispense de la ley del celibato para que hombres maduros y con familia, que hayan ejercido el diaconado permanente en una comunidad, puedan ser ordenados presbíteros y así atender pastoralmente a su comunidad.

En contra de lo que muchos creen, el celibato no se exigió al ministerio ordenado en el primer milenio de la Iglesia. Tampoco se exige hoy en las iglesias católicas de rito oriental. No se puede hacer prevalecer una ley eclesiástica (el celibato) por encima de una ley divina, la necesidad de la eucaristía, la conmemoración de la muerte y la resurrección de Jesús. Lo contrario es hacer del celibato una ideología. La propuesta fue aprobada por dos tercios de los padres sinodales (DF 111).

Asimismo, el sínodo aprobó la participación en la comisión designada por el papa para estudiar la posibilidad del diaconado femenino (103). Este reconoció, por su lado, que, seguramente, las mujeres estaban poco satisfechas con la cuestión y se comprometió a “recoger el guante”.

En este contexto, el Documento final habla de diversos ministerios laicales, tanto hacia dentro como hacia afuera: ministerio para el cuidado de la creación y ministerio de la presidencia femenina de la comunidad, rito amazónico, formación cristiana en diálogo con las culturas y la teología indígena, y creación de un órgano eclesial postsinodal para poner en práctica los acuerdos del sínodo asumidos por el papa.

Otro elemento interesante es la continuidad del Vaticano II. En noviembre de 1965, pocos días antes de la conclusión del concilio, unos 40 obispos, liderados por Hélder Câmara y Manuel Larraín, se reunieron en las catacumbas de Santa Domitila para firmar un pacto, en el cual se comprometieron a caminar hacia la Iglesia pobre y de los pobres, con gestos como renunciar a los pectorales y anillos de oro y plata, a las joyas, a los títulos de monseñor, excelencia y eminencia, y

a los palacios episcopales. Asimismo, optaron por residir en lugares sencillos, vivir de forma austera y cercana al pueblo, atender prioritariamente a los pobres, trabajar por la justicia, etc. Este pacto de las catacumbas pretendía concretar el deseo de Juan XXIII de que la Iglesia del Vaticano II fuera, ante todo, la Iglesia de los pobres, una dimensión que apenas aparecía en los documentos conciliares, fuera de algunas referencias de la *Lumen gentium* (8) y la *Gaudium et spes* (1).

El 27 de octubre de 2019, en la mañana del día en que concluyó el sínodo, en las mismas catacumbas de Santa Domitila, se volvieron a reunir un grupo de obispos, esta vez, liderados por los cardenales Claudio Hummes y Pedro Barreto, y varios sacerdotes, religiosos y religiosas, laicos y laicas, indígenas de la Amazonía y personas que apoyaban el sínodo para renovar el primer pacto. El nuevo pacto mantiene el compromiso con la construcción de una Iglesia pobre y de los pobres y añade los compromisos de la justicia, la ecología y el cuidado de la casa común, y de escuchar los clamores de los pobres y de la tierra.

De este modo, el sínodo amazónico se insertó en la línea más evangélica del Vaticano II, al mismo tiempo que se abría a los nuevos signos de los tiempos. Sus líneas teológicas y pastorales se concretan en cuatro conversiones: una conversión pastoral, que cree una Iglesia en salida a las periferias geográficas y existenciales para anunciarles la alegría del evangelio de Jesús, en la misma línea de la *Evangelii gaudium*; una conversión cultural, que conduzca al diálogo intercultural e interreligioso con “los otros diferentes”, poseedores de gran sabiduría y grandes valores; una conversión ecológica, para luchar contra la crisis socio-ambiental y para defender la tierra, nuestra casa común, en la misma línea de la *Laudato si'*; y una conversión sinodal, para construir una Iglesia en camino, que escucha, dialoga y discierne, en busca de la comunión, tal como propone la *Episcopalis communio*.

Los planteamientos teológicos del sínodo amazónico han provocado fuertes reacciones, tanto dentro como fuera de la Iglesia. El sínodo critica el mundo clerical y patriarcal de la Iglesia autorreferencial y con psicología principesca. Habló proféticamente para denunciar a las multinacionales y los gobiernos, interesados solo en el lucro, sin importarles la destrucción de la naturaleza, ni la pobreza y exclusión que generan entre sus habitantes. De esa manera, el sínodo levantó su voz para defender la tierra. Esto explica algunas críticas al Documento de trabajo y el silencio mediático, que solo se fijó en la ordenación de hombres casados y el diaconado femenino. Sin negar la importancia pastoral de estas cuestiones, no es correcto reducir el sínodo a la disciplina eclesial.

4. Epílogo narrativo

Un grupo de indígenas llevó al sínodo estatuas de madera, que representaban a mujeres embarazadas que llevaban en su seno al hijo, como símbolo de la vida, la fecundidad, la tierra madre y la mujer portadora de la vida. Cristianos ultra-

conservadores, creyendo que se trataba de ídolos, las robaron y las lanzaron a río Tíber. Los *carabinieri* las sacaron del río y las entregaron de nuevo a sus dueños. El papa, como obispo de Roma, pidió perdón públicamente a los indígenas por el robo. Entonces, las estatuas fueron colocadas delante de la mesa de la presidencia del sínodo, junto con las imágenes de los mártires amazónicos.

Más allá de la anécdota, el hecho admite una lectura simbólica. La Amazonía llegó al Tíber y desde el Tíber a todo el mundo. Roma se ha vuelto amazónica y el clamor de sus pueblos se escucha ahora en todo el mundo. En esto consiste el sínodo: la llegada del Amazonas al Tíber y del Tíber al mundo. Francisco pidió el desborde del sínodo y este ha quedado desbordado. En medio de tensiones y a pesar de nuestras limitaciones, el Espíritu ha sido el actor principal del sínodo.